

hemia con el nombre de la *Madre Cadet*. Era un figón cuya ordinaria clientela se componía de los cocheros de la línea de Orleans, de cantarinas del Monte Parnaso y de galanes jóvenes de Bobino. Durante la buena estación, los discípulos de pintura de los numerosos estudios que rodean el Luxemburgo, los literatos inéditos, los periodistas de gacetas desconocidas, van en tropel á comer al bodegón de la *Madre Cadet*, célebre por sus fricasés de liebre, por sus coles en vinagre, y por un vinillo claro que sabe á pedernal.

Schaunard fué á sentarse bajo el bosquecillo: así llaman en casa de la *Madre Cadet* al escaso follaje de dos ó tres árboles raquíuticos, cuyas ramas de enfermiza verdura, han sido dispuestas en forma de emparrado.

—A fe mía, mejor así,—dijo Schaunard interiormente,—voy á darme un atracón y á celebrar un festín de Baltasar íntimo.

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo, pidió una sopa, medio plato de coles en vinagre y dos medios de fricasé de liebre: había observado que fraccionando la ración se ganaba por lo menos una cuarta parte más que pidiéndola entera.

La petición de aquella lista de platos atrajo hacia él las miradas de una joven vestida de blanco, adornada con flores de azahar y calzada con zapatos de baile; un velo imitación de imitación flotaba sobre sus hombros que hubieran debido guardar el incógnito. Era una cantarina del teatro Monte Parnaso, cuyo escenario daba, por decirlo así, en la cocina de la *Madre Cadet*. Había aprovechado un entreacto de la *Lucia* para ir á comer, y en aquel momento terminaba con me-

dia taza de café, una comida compuesta de una alcachofa en aceite y vinagre.

—¡ Dos fricasés! ¡ Qué lobo!—dijo en voz baja á la camarera.—Se da buena vida, el mozo. A ver mi cuenta, Adela.

—Cuatro de la alcachofa, cuatro de la media taza y uno de pan. Total, nueve sueldos (1).

—Ahí van—dijo la cantarina, y salió canturriando:

¡Este amor que Dios me da!

—Toma, da el *la*,—dijo entonces un personaje misterioso sentado á la misma mesa de Schaunard, medio oculto detrás de un montón de libros de lance.

—¿ Lo da?—dijo Schaunard.—Creo más bien que lo guarda. No hay más que ver eso—añadió mostrando con el dedo el plato que había servido á *Lucia de Lammermoor* para comer su alcachofa.—¡ Escabechar su falsete en vinagre!

—Es un ácido violento, no hay duda,—añadió el personaje que hablara antes.—La ciudad de Orleans produce algunos que gozan, á justo título, de una gran reputación.

Schaunard examinó atentamente aquel individuo, que tanta insistencia mostraba por trabar conservación con él. La mirada penetrante de sus grandes ojos azules, que parecían buscar algo con asiduidad, daban á su fisonomía el carácter de placidez beata que se observa en los seminaristas. Su rostro tenía el color del marfil viejo, salvo las mejillas que parecían espolvoreadas de polvo de ladrillo molido.

(1) Para los que lo ignoren, el sueldo vale cinco céntimos.



Su boca parecía dibujada por un alumno principiante á quien se hubiera dado en el codo. Los labios, algo abultados y salientes, á la manera de los de la raza negra, dejaban entrever unos dientes de perro de caza, y su barba rasa dejaba caer dos pliegues sobre una corbata blanca, una de cuyas puntas amenazaba á los astros, mientras que la otra se dirigía á agujerear la tierra. Por debajo del sombrero de fieltro, de alas prodigiosamente anchas, se desbordaban sus cabellos en rubias cascadas. Vestía un gabán con esclavina, de color de avellana, cuyo paño, reducido á la trama, tenía las asperezas de un rallo. De los anchos bolsillos de aquel gabán se escapaban legajos de papeles y libros en rústica. Sin preocuparse del examen de que era objeto, saboreaba su ración de coles en vinagre, dando frecuentes y expansivas señales de satisfacción. Mientras comía iba leyendo un librajó abierto ante sí, y en el que de vez en cuando escribía algunas notas con un lápiz que tenía en la oreja.

—¡Eh!—gritó de pronto Schaunard haciendo sonar su vaso con el cuchillo.—¿Y mi fricasé?

—Caballero,—respondió la muchacha, que llegaba con un plato en la mano,—se ha acabado; este es el último, y es para el señor, que lo ha pedido antes,—añadió dejando el plato frente al hombre de los libros de lance.

—¡Por Cristo vivo!—gritó Schaunard.

Y había tan melancólica decepción en aquel grito, que el hombre de los libros se conmovió interiormente. Separó la muralla de libros que se interponía entre él y Schaunard; y colocó el plato entre los dos, dijo con los más dulces acentos de su voz:

—¿Se dignará usted compartir conmigo este plato?

—¡Oh! de ninguna manera—dijo Schaunard,—no puedo permitir que usted se prive por mí.

—¿Me negará usted el placer de serle agradable?

—Si es así, caballero...—Y Schaunard avanzó su plato.

—Me permitirá que no le ofrezca la cabeza,—dijo el desconocido.

—¡Ah! caballero—exclamó Schaunard,—no puedo permitirlo.

Pero al retirar el plato se apercibió que el desconocido le había servido precisamente la parte que decía iba á guardar para sí.

—Si la cabeza es la parte más noble del hombre,—dijo el desconocido—es la más desagradable del conejo. Por esto son muchas las personas que no la pueden sufrir. Yo, por el contrario, la prefiero á todo.

—Entonces—dijo Schaunard,—siento vivamente que se haya usted privado de ella por mí.

—¿Cómo?... Usted perdone—exclamó el hombre de los libros viejos.—Soy yo quien se ha quedado con la cabeza. Con toda consideración he de hacerle observar que...

—Permítame usted—dijo Schaunard poniéndole el plato debajo de la nariz.—¿Sabría decirme que pedazo es éste?

—¡Santo cielo! ¿Qué veo? ¡Oh dioses! ¡Otra cabeza! ¡Era un conejo bicéfalo!—gritó el desconocido.

—Bicé...—dijo Schaunard.

—...falo. Es una palabra que viene del griego. El caso es que Buffon, que sabía donde tenía la



mano derecha, cita varios ejemplos de esta singularidad. ¡Por vida mía! No me disgusta haber comido parte de un fenómeno de esta clase.

Gracias á este incidente, la conversación quedó definitivamente entablada. Schaunard, que no quería ser menos cortés que su compañero, pidió un litro más. El hombre de los libros de lance mandó traer otro. Schaunard ofreció ensalada. El hombre de los libros ofreció los postres. A las ocho de la noche había seis litros vacíos encima de la mesa. Con la conversación, la franqueza, rociada con las libaciones del vinillo, les había impelido á referirse mutuamente su biografía, y se conocían ya como si siempre hubiesen estado juntos. El hombre de los libros, después de haber oído las confidencias de Schaunard, le había explicado que se llamaba Gustavo Colline; ejercía la profesión de filósofo, y vivía dando lecciones de matemáticas, de botánica y otras varias cicas terminadas en *ica*.

El escaso dinero que ganaba corriendo de un lado á otro, Colline lo gastaba comprando libros de lance. Su gabán color de avellana era conocido por todos los libreros de lance del muelle, desde el puente de la Concordia hasta el puente de San Miguel. Lo que se hacía de todos aquellos libros, tan numerosos que la vida de un hombre no hubiera bastado para leerlos, nadie lo sabía, y él lo sabía menos que nadie. Pero aquella manía había tomado en él las proporciones de una pasión; y cuando por la noche regresaba á su casa sin haber comprado un libro, parodiando para su uso particular la sentencia de Tito, exclamaba: «Hoy he perdido el día.» Sus modales educados y su lenguaje, que ofrecía un mosaico de todos los

estilos, los terribles equívocos con que esmaltaba su conversación, habían seducido á Schaunard, quien pidió desde aquel momento permiso á Colline para añadir su nombre á los de los que componían la famosa lista de que hemos hecho mención.

Salieron del figón de la *Madre Cadet* á las nueve de la noche, pasablemente achispados ambos, y con aire de personas que acababan de estar en íntima conversación con las botellas.

Colline invitó á tomar café á Schaunard, y éste aceptó á condición de que se encargaría de los licores; y entraron en un café situado en la calle de San German l'Auxerrois, cuya muestra estaba dedicada á Momo, dios de los Juegos y de la Risa (1).

En el momento en que entraban en el saloncito, acababa de entablarse una acalorada discusión entre dos clientes del cafetín. Uno de ellos era un joven cuya cara se perdía en el fondo del matorral de una barba multicolor. Como antítesis á la abundancia de su barba, una calvicie precoz había despoblado su frente, que parecía una rodilla, y cuya desnudez trataba de disimular un mechón de cabellos tan escasos que se hubieran podido contar uno por uno. Vestía levita negra tonsurada en los codos, y dejaba ver, cuando levantaba los brazos, unos ventiladores practicados á lo largo de las mangas. Su pantalón pudo haber sido negro, pero sus botas, que nunca habían sido nuevas, parecía que hubiesen dado varias veces la vuelta al mundo en los pies del Judío Errante.

(1) Véase las *Confessions de Sylbius*, de Champfleury. (N. de A.)



Schaunard observó que su amigo Colline y el joven de copiosa barba se saludaron.

—¿Conoce usted á ese caballero?—preguntó al filósofo.

—No—respondió éste;—pero le encuentro alguna vez en la Biblioteca. Creo que es un literato.

—El traje lo es, por lo menos—replicó Schaunard.

El personaje con quien discutía el joven era un individuo de unos cuarenta años, amenazado de apoplejía fulminante, según dejaba colegir su enorme cabeza hundida inmediatamente entre sus hombros, sin la transición del cuello. Leíase el idiotismo en letras mayúsculas en su frente deprimida, cubierta con un pequeño casquete negro. Llamábase el señor Mouton, y estaba empleado en la alcaldía del distrito IV, en donde llevaba el registro de defunciones.

—¡ Señor Rodolfo!—gritaba con voz de eunuco, sacudiendo al joven á quien tenía agarrado por la solapa de la levita.—¿Quiere usted que le diga mi opinión? Pues bien, todos los periódicos, no sirven para nada. Hagamos una suposición: yo soy un padre de familia ¿no es cierto?... Pues bien... Yo vengo al café á hacer mi partida de dominó. ¿Va usted comprendiendo?

—Siga usted, siga usted—dijo Rodolfo.

—Pues bien—continuó Mouton, acompañando sus frases con un puñetazo que hacía temblar las copas y vasos que había sobre la mesa.—Pues bien, recorro todos los periódicos, y... ¿qué es lo que veo? Veo que el uno dice blanco y el otro dice negro, y que patatrás y que patatrás. ¿Qué me importa á mí de todo eso? Yo soy un buen padre de familia que viene á jugar...

—Su partida de dominó—dijo Rodolfo.

—Todas las noches—continuó el señor Mouton.

—Pues bien, es una suposición: ¿está usted?...

—¡ Perfectamente!—dijo Rodolfo.

—Leo un artículo que no es de mi opinión. Esto me incomoda y me irrita la sangre, porque, ¿ve usted, señor Rodolfo? Todos los diarios sólo dicen mentiras. ¡ Sí, mentiras!—aulló con la nota más aguda de su falsete.—Y los periodistas son unos tunos, unos folicularios.

—No obstante, señor Mouton...

—Sí, unos tunos—continuó el empleado.—Ellos son la causa de las desgracias de todo el mundo; ellos hicieron la revolución y los asignados (1); prueba de ello Murat.

—Usted dispense—replicó Rodolfo,—querrá decir Marat.

—No, no—prosiguió Mouton;—Murat, de quien vi el entierro cuando era niño...

—Le aseguro á usted...

—El protagonista de un drama representado en el Circo... ¡ Vaya!

—Justo, precisamente—dijo Rodolfo;—es Murat.

—Pero ¿qué es lo que le digo á usted desde hace una hora?—exclamó el testarudo Mouton.—Murat, que trabajaba en unos sótanos, ¡vaya! Pues bien, es una suposición. ¿No han hecho bien los Borbones en guillotinarlo por su traición?

—¿A quién han guillotinado? ¿Quién hizo traición?—gritó Rodolfo sujetando á su vez al señor Mouton por la solapa.

—Pues, Marat.

(1) Papel moneda de la primera República.



—No, no, señor Mouton, Murat. ¡Entendámonos, vive Dios!

—Ciertamente, Marat, un canalla. Hizo traición al emperador en 1815. Por esto digo que todos los periódicos son lo mismo;—continuó el señor Mouton volviendo á la tesis de lo que llamaba una explicación.—¿Sabe usted lo que yo querría, señor Rodolfo? Pues bien, es una suposición... Yo querría un buen diario... ¡Oh! No muy grande... ¿Está usted? Y que no hiciera frases... ¿Me explico?

—¡Qué exigente es usted!—interrumpió Rodolfo.—¡Un diario sin frases!

—Sí, señor, sí; entiéndame usted.

—Así lo deseo.

—Un diario que se ocupara simplemente de la salud del rey y de los bienes de la tierra. Porque, seamos justos ¿de qué sirven vuestras gacetas, que nadie entiende? Una suposición: Yo estoy en la alcaldía ¿no es cierto? Yo atiendo á mi registro ¡perfectamente! Pues bien, es como si me vinieran á decir: «Señor Mouton, usted inscribe las defunciones, pues bien, hágalo así, hágalo asado. Pues bien, ¿y qué? ¿y qué? ¿y qué? Pues bien, con los periódicos ocurre lo mismo—dijo por conclusión.

—Es evidente—afirmó un vecino que había comprendido.

Y el señor Mouton, después de recibir las felicitaciones de algunos concurrentes que participaban de su opinión, se fué á proseguir su partida de dominó.

—Le he dado una lección—dijo indicando á Rodolfo, que había vuelto á sentarse en la misma mesa donde se hallaban Schaunard y Colline.

—¡Qué estúpido!—dijo éste á los dos jóvenes, designándoles al empleado.

—Tiene una gran cabeza, con sus párpados que parecen el fuelle de un coche, y sus ojos á guisa de bolas de lotería—dijo Schaunard, sacando una pipa maravillosamente culotada.

—¡Pardiez! caballero,—dijo Rodolfo—posee usted una hermosa pipa.

—¡Oh! tengo otra mucho mejor para las grandes ocasiones—replicó Schaunard con indiferencia.—Saque usted el tabaco Colline.

—¡Demontre!—exclamó el filósofo.—Se me ha acabado.

—Permítame que se lo ofrezca—dijo Rodolfo sacando de su bolsillo un paquete de tabaco que dejó encima de la mesa.

En vista de su galantería, Colline creyó necesario ofrecer unas copas.

Rodolfo aceptó. La conversación recayó en la literatura. Interrogado respecto á su profesión, denunciada por su traje, Rodolfo confesó sus relaciones con las Musas, y mandó traer otras copas. Cuando el mozo iba á llevarse la botella, Schaunard le rogó que la dejara. Había oído sonar en uno de los bolsillos de Colline el duo argentino de dos monedas de cinco francos. Rodolfo alcanzó bien pronto el nivel de expansión en que se hallaban los dos amigos, y les comunicó, á su vez, sus confidencias.

Así habrían pasado la noche en el café, sin duda, si no les hubieran suplicado que se retiraran. No habían dado aún diez pasos por la calle, y en ello emplearon un cuarto de hora, cuando les sorprendió una lluvia torrencial. Colline y Rodolfo vivían en dos extremidades de París, el uno



en la Isla de San Luis y el otro en Montmartre.

Schaunard que había olvidado completamente que carecía de domicilio, les ofreció hospitalidad.

—Venid á mi casa,—dijo—vivo aquí cerca; pasaremos la noche hablando de literatura y bellas artes.

—Tú tocarás y Rodolfo nos recitará sus versos—dijo Colline.

—Sí, á fe mía,—añadió Schaunard—divirtámonos, no se vive más que una vez.

Al llegar delante de su casa, que Schaunard reconoció con dificultad, se sentó un instante en un guardacantón esperando á Rodolfo y á Colline que habían entrado en una taberna que estaba abierta todavía, para adquirir los primeros elementos de una cena. Cuando estuvieron de vuelta, Schaunard llamó repetidas veces á la puerta, porque recordaba vagamente que el portero tenía la costumbre de hacerle aguardar. La puerta se abrió, por fin, y el tío Durand, hundido en las dulzuras del primer sueño y sin acordarse de que Schaunard no era ya inquilino suyo, no mostró sorpresa ninguna cuando éste dió su nombre por el ventanillo.

Cuando los tres llegaron á lo alto de la escalera, cuya ascensión había sido tan larga como difícil, Schaunard, que era el que iba delante, lanzó un grito de sorpresa al ver la llave en la puerta de su cuarto.

—¿Qué sucede?—preguntó Rodolfo.

—No lo comprendo,—murmuró aquél—encuentro en la cerradura la llave que me he llevado esta mañana. ¡Ah! ahora veremos. La metí en mi bolsillo. ¿No lo decía yo? ¡Aquí la tengo todavía!—exclamó mostrando la llave.

—¡Es cosa de magia!

—De fantasmagoría—dijo Colline.

—Fantástica—añadió Rodolfo.

—Pero—prosiguió Schaunard cuya voz empezaba á impregnarse de terror—¿no oís?

—¿Qué?

—¿Qué?

—Mi piano, que toca solo *do la mi re do, la si sol, re*. ¡Infame *re*, te reconozco! desentonado siempre.

—No estará usted en su casa, sin duda—le dijo Rodolfo, que añadió por lo bajo á Colline sobre quien se apoyó con pesadez:—Está borracho.

—Así lo creo. Porque ante todo, no es un piano lo que suena, sino una flauta.

—Usted también está borracho, amigo—respondió el poeta al filósofo, que se había sentado en la meseta.—Es un violín.

—Un vio... ¡Ja, ja, ja! Oye, Schaunard,—balbuceó Colline, tirando de las piernas á su amigo—¿qué ocurrencia! Pues no pretende este señor que es un vio...

—¡Por Cristo vivo!—gritó Schaunard en el colmo del espanto;—mi piano sigue tocando; ¡es cosa de magia!

—Fantasma...goria—aulló Colline dejando caer una de las botellas que llevaba en la mano.

—Fantástica—chilló á su vez Rodolfo.

En medio de aquel galimatías, se abrió de pronto la puerta del cuarto, y se vió aparecer en el umbral á un personaje que llevaba en la mano un candelabro de tres brazos en el que ardían velas de color de rosa.



—¿Qué desean ustedes, caballeros?—preguntó, saludando cortesmente á los tres amigos.

—¡Cielos, qué he hecho! Me he equivocado; esta no es mi casa—exclamó Schaunard.

—Caballero—añadieron en coro Colline y Rodolfo, dirigiéndose al personaje que había abierto,—dispénsenos usted; está borracho hasta la punta de los pelos.

De pronto un relámpago de lucidez iluminó la borrachera de Schaunard; acababa de leer en la puerta esta línea escrita con yeso:

*«He venido tres veces á buscar mis regalos.*

EUFEMIA.»

—¡Sí, sí, decididamente, estoy en mi casa!—prorrumpió;—esta es la tarjeta de visita que Eufemia me dejó el día de año nuevo: es mi puerta sin duda alguna.

—Por mi vida, caballero,—dijo Rodolfo,—que estoy verdaderamente avergonzado.

—Crea usted, caballero,—añadió Colline,—que por mi parte participo altamente de la vergüenza de mi amigo.

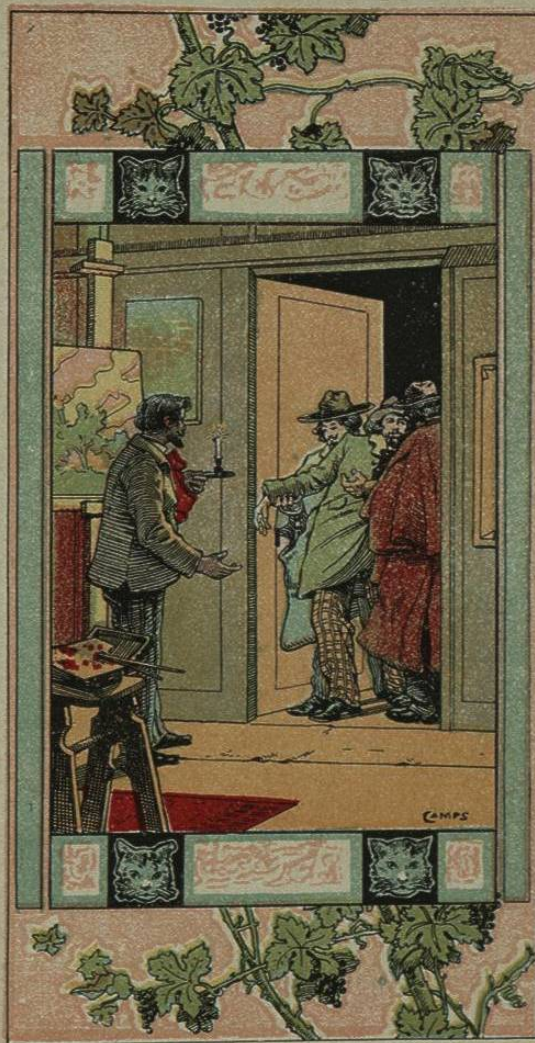
El joven no podía casi contener la risa.

—Si quieren entrar ustedes un instante en mi casa,—respondió,—no dudo que su amigo, apenas se haga cargo del sitio, reconocerá su error.

—Con mucho gusto.

Y el poeta y el filósofo, tomando á Schaunard por un brazo cada uno, lo introdujeron en el cuarto, ó más bien en el palacio de Marcelo, que los lectores habrán reconocido seguramente.

Schaunard paseó lentamente la mirada á su alrededor, murmurando:





—Es sorprendente de la manera cómo se ha embellecido mi estancia.

—¿Qué tal? ¿te has convencido ahora?—le preguntó Colline.

Pero al ver el piano, Schaunard se había acercado al instrumento y ejecutaba algunas escalas.

—¡Eh, vosotros! escuchad,—dijo tocando algunos acordes...—¡Gracias á Dios! El animal ha reconocido á su amo: *¡si la sol, fa mi re!* ¡Ah! ¡picaro *re!* ¡siempre serás el mismo! Bien decía yo que este era mi instrumento.

—Insiste,—dijo Colline á Rodolfo.

—Insiste,—repitió Rodolfo á Marcelo.

—¿Y esto?—añadió Schaunard mostrando la falda bordada de estrellas, que estaba tirada sobre una silla.—¿Esto no es mi bata, acaso? ¡Eh! Y miraba á Marcelo cara á cara.

—¿Y esto?—continuó, arrancando de la pared el auto de desahucio de que hemos hecho mención antes.

Y empezó á leer:

—«En consecuencia, el señor Schaunard viene obligado á desalojar el cuarto y á restituirlo en buen estado de conservación, el día ocho de Abril antes de medio día. A cuyo efecto le he hecho la debida notificación, cuyo coste es de cinco francos». ¡Hola! ¡hola! ¿Con qué no soy yo el señor Schaunard, á quien se desahucia judicialmente, en papel sellado, que cuesta cinco francos? ¿Y esto además,—prosiguió reconociendo sus babuchas que Marcelo llevaba puestas,—no son estas mis babuchas, regalo de una mano querida? Ahora toca á usted, caballero,—dijo á Marcelo;—explique su presencia en mis lares.

—Señores,—respondió Marcelo dirigiéndose es-



pecialmente á Colline y á Rodolfo,—el señor,—y designaba á Schaunard,—el señor está en su casa, lo confieso.

—¡ Ah! — exclamó Schaunard.—¡ Qué fortuna!

—Pero,—continuó Marcelo,—yo también estoy en la mía.

—Sin embargo, caballero,—interrumpió Rodolfo,—si nuestro amigo reconoce...

—Sí,—continuó Colline,—si nuestro amigo...

—Y si por su parte usted recuerda que...—añadió Rodolfo.—¿Cómo es que...?

—Sí,—repitió Colline como un eco.—¿Cómo es que...?

—Tomen ustedes asiento, señores,—repitió Marcelo,—voy á explicarles este misterio.

—¿Y si remojáramos la explicación?—propuso Colline.

—Comiendo un bocado,—añadió Rodolfo.

Los cuatro jóvenes se sentaron á la mesa y dieron una acometida á un pedazo de ternera fiambre que les había cedido el tabernero.

Marcelo explicó entonces lo que había ocurrido por la mañana entre él y el propietario, cuando fué á tomar posesión del cuarto.

—En este caso,—dijo Rodolfo,—el señor tiene toda la razón, nosotros estamos en su casa.

—Ustedes están en la suya,—dijo cortesmente Marcelo.

Fué menester un trabajo enorme para hacer entender á Schaunard cómo habían pasado las cosas. Un incidente cómico acabó de complicar la situación. Estaba Schaunard buscando algo en una alacena, cuando descubrió el cambio del billete de quinientos francos que Marcelo se había

hecho cambiar aquella mañana por el señor Bernard.

—¡ Ah! estaba seguro de que la casualidad no me abandonaría. Ahora recuerdo... que salí esta mañana en su persecución. Es cierto que por culpa del alquiler, habrá venido durante mi ausencia. Nos hemos cruzado en el camino, y esto basta. ¡ He hecho bien en dejar la llave en el cajón!

—¡ Agradable locura!—murmuró Rodolfo viendo á Schaunard que iba apilando las diferentes especies de moneda en columnas iguales.

—Sueño, mentira, tal es la vida,—sentenció el filósofo.

Marcelo se reía.

Una hora más tarde dormían los cuatro.

Al día siguiente, á medio día, se despertaron y de momento parecieron muy sorprendidos de hallarse juntos: Schaunard, Colline y Rodolfo casi no se reconocían y se daban tratamiento. Fué necesario que Marcelo les recordase que la noche antes habían entrado juntos.

En este momento el tío Durand entró en la habitación:

—Señorito,—dijo á Marcelo,—hoy es el nueve de Abril de mil ochocientos cuarenta... hay lodo en las calles, y S. M. Luis Felipe es todavía rey de Francia y de Navarra. ¡ Toma!—exclamó el tío Durand apercibiendo á su ex-inquilino,—¡ el señor Schaunard! ¿Por dónde ha entrado usted?

—Por el telégrafo,—respondió Schaunard.

—Pero, oiga usted,—prosiguió el portero.—¿Continúa usted tan bromista?

—Durand,—dijo Marcelo,—no me gusta que la librea se mezcle en mi conversación; vaya usted al restaurant cercano, y haga subir almuerzo para



cuatro personas. Aquí tiene la lista,—añadió dándole un pedazo de papel en el que estaba escrito el *menú*.—Salga usted.

—Señores,—dijo Marcelo á los tres jóvenes,—ustedes me ofrecieron anoche una cena, permítanme que esta mañana les ofrezca un almuerzo, no en mi casa, sino en la de ustedes,—añadió tendiendo la mano á Schaunard.

Al final del almuerzo, Rodolfo pidió la palabra.

—Señores,—dijo,—permítanme que me separe de ustedes...

—¡Oh, no!—dijo sentimentalmente Schaunard,—ya no debemos separarnos jamás.

—Es verdad, aquí se está muy bien,—añadió Colline.

—Que me separe de ustedes un momento—prosiguió Rodolfo:—mañana aparece *La gasa de Iris*, un periódico de modas del que soy redactor en jefe; y es necesario que vaya á corregir las pruebas. Volveré dentro de una hora.

—¡Diablo!—dijo Colline—esto me recuerda que he de dar lección á un príncipe indio que ha venido á París para aprender el árabe.

—Irá usted mañana—dijo Marcelo.

—¡Oh, no!—respondió el filósofo,—el príncipe me ha de pagar hoy. Y además, he de confesaros que daría por perdido este hermosa día, si no fuera á dar un paseito por la feria de los libros de lance.

—¿Pero volverás?—preguntó Schaunard.

—Con la rapidez de una flecha lanzada por mano segura—respondió el filósofo, á quien gustaban las imágenes excéntricas.

Y salió con Rodolfo.

—Por mi parte—dijo Schaunard al quedarse solo con Marcelo—¿no sería mejor que en vez de

adormecerme en el *dolce farniente*, fuera en busca de dinero para satisfacer la avaricia del señor Bernard?

—Oiga—dijo Marcelo con inquietud:—¿persiste usted en desalojar la casa?

—¡Diantre!—respondió Schaunard,—es necesario, puesto que me lo impone un auto judicial, que me cuesta cinco francos.

—Pero—continuó Marcelo—¿si usted se muda se llevará sus muebles?

—Esa es mi intención; no dejaré ni un cabello, como dice el señor Bernard.

—¡Demonio! esto me contraría—exclamó Marcelo—porque la habitación la alquilé amueblada.

—Toma, es cierto, tiene usted razón—repitió Schaunard. Pero ¡bah!—añadió con tristeza,—ninguna seguridad tengo de encontrar mis setenta y cinco francos ni hoy, ni mañana, ni nunca.

—Oiga usted,—prorrumpió Marcelo—se me ocurre una idea.

—Explíquese usted,—dijo Schaunard.

—La situación es ésta: legalmente, este cuarto es mío, puesto que he pagado un mes por adelantado.

—El cuarto sí; pero los muebles, si pago, me los llevo legalmente; y si fuera posible, también me los llevaría extralegalmente—dijo Schaunard.

—De manera—continuó Marcelo—que usted tiene muebles y no tiene habitación, y que yo tengo habitación pero no tengo muebles.

—Justo—observó Schaunard.

—A mí, me gusta este cuarto.

—Y á mí, á decir verdad,—añadió Schaunard nunca me ha gustado tanto.



—Pues bien, entre los dos podremos arreglar este asunto—prosiguió Marcelo;—quédese usted conmigo, yo pondré habitación y usted pondrá los muebles.

—¿Y, los alquileres?—dijo Schaunard.

—Puesto que ahora tengo dinero, corren de mi cuenta; otra vez le tocará á usted. Reflexione.

—Yo no reflexiono jamás, sobre todo para aceptar una proposición que me gusta; acepto desde luego: no en vano la pintura y la música son hermanas.

—Cuñadas—dijo Marcelo.

En este momento entraban Colline y Rodolfo que se habían encontrado.

Marcelo y Schaunard les participaron su asociación.

—Señores—gritó Rodolfo haciendo sonar el bolsillo del chaleco—convido á comer á la compañía.

—Ni más ni menos de lo que iba á tener el honor de proponerles—dijo Colline sacando de su bolsillo una moneda de oro que se puso en el ojo á guisa de monóculo.—Mi príncipe me ha dado esto para comprar una gramática indo-árabe, que acabo de comprar por seis sueldos á toca teja.

—Y yo—dijo Rodolfo—me he hecho adelantar 30 francos por el cajero de *La gasa de Iris*, á pretexto de que los necesitaba para hacerme vacunar.

—Hoy es día de ingresos—exclamó Schaunard;—yo soy el único que no he percibido nada; ¡esto es vergonzoso!

—Entre tanto—replicó Rodolfo—mantengo mi convite.

—Y yo también—dijo Colline.

—Pues bien—dijo Rodolfo—vamos á jugar á cara y cruz quién pagará la cuenta.

—No,—gritó Schaunard—tengo una solución mejor, infinitamente mejor, para sacaros del apuro.

—¡Veamos!

—Rodolfo pagará la comida, y Colline la cena.

—Yo llamaría á esto justicia de Salomón—exclamó el filósofo.

—¡Ni las bodas de Camacho!—añadió Marcelo.

La comida tuvo lugar en un restaurant provenzal de la calle *Dauphin*, célebre por sus mozos literatos y su *alioli*. Como convenía dejar sitio para la cena, bebieron y comieron con moderación. La amistad iniciada la víspera entre Colline y Schaunard, y más tarde con Marcelo, se hizo más íntima; cada uno de los cuatro jóvenes enarboló el estandarte de su opinión en el arte; los cuatro reconocieron que tenían el mismo valor y las mismas esperanzas. Hablando y discutiendo, se apercibieron de que sus simpatías eran comunes, que esgrimían con igual habilidad la agudeza cómica, que alegra sin mortificar; y que todas las hermosas virtudes de la juventud no habían dejado ni un vacío en su corazón, fácil de emocionar por la vista ó el relato de la belleza. Como los cuatro partían de un mismo punto en dirección al mismo fin, pensaron que en su reunión había algo más que el *quid pro quo* trivial de la casualidad, y que podía muy bien ser la Providencia, protectora de los abandonados, quien les unía tan estrechamente, y les susurraba en el oído la evangélica parábola que debería ser la única ley de la humanidad: «Ayudaos y amaos los unos á los otros.»



Al final del almuerzo, que acabó con cierta gravedad, Rodolfo se levantó para dedicar un brindis al porvenir, y Colline le contestó con un corto discurso que no estaba sacado de ningún libro viejo, ni pertenecía bajo ningún aspecto al buen estilo, sino que hablaba simplemente el bonachón lenguaje de ingenuidad que tan bien hace comprender lo que tan mal dice.

— ¡Qué bruto es este filósofo! — murmuró Schaunard, que estaba con las narices en el vaso. — Que manera de obligarme á echar agua en el vino.

Cuando hubieron comido se fueron á tomar café en el de *Momo*, donde habían pasado la velada anterior. A partir de aquel día, el establecimiento se hizo inaguantable para los demás parroquianos.

Después del café y los licores, el grupo bohemio, definitivamente fundado, volvió á casa de Marcelo, que fué bautizada con el nombre de Elíseo Schaunard. Mientras Colline iba á encarar la cena que había prometido, los otros compraron petardos, cohetes y otros juegos pirotécnicos; y antes de ponerse á la mesa, dispararon por la ventana un hermoso ramillete de fuegos artificiales que puso en alarma toda la casa, y durante el cual los cuatro amigos cantaban á grito pelado:

¡Celebremos, celebremos, celebremos este hermoso día!

A la mañana siguiente, volvieron á encontrarse reunidos, pero esta vez no mostraron ninguna sorpresa. Antes de dirigirse cada cual á sus asuntos, se fueron los cuatro á almorzar frugalmente

al café *Momo*, en el que se dieron cita para la noche, y donde se les vió, por espacio de mucho tiempo, asistir asiduamente todos los días.

Tales son los principales personajes que irán apareciendo en los episodios de que se compone este libro que no es una novela, ni tiene más pretensiones que las que indica su título; porque las *Escenas de la Vida Bohemia* no son en realidad más que estudios de costumbres cuyos protagonistas pertenecen á una clase mal juzgada hasta ahora, y cuyo defecto mayor es el desorden; y aun pueden dar por excusa que este mismo desorden es una necesidad de su vida.

